

su cuerpo con el de él para exaltarlo, y todo porque no quiere un enemigo débil para combatir, sino que pretende fascinar, vencer, subyugar al *mentado* bailar de jarabes de aquel barrio. En semejante *torneo* de piés, los ojos de la china están brillantes de entusiasmo, su graciosa nariz se dilata, sus frescos lábios se entreabren fatigados, su pecho jadea, sus miembros todos están palpitantes; y las oleadas de sus enaguas que azotan las barbas de algunos espectadores sentados en cucullas, reparten deseos y descoyuntan de amor á los mirones, que inmóviles y con la boca abierta, contemplan aquellos piés que tienen el poder de la cubeta de Mesmer, y de los embrollos de Grandier y de Cagliostro.

Derepente uno de los espectadores esclama con voz esténtorea.

—Verso! verso!

—Sí; ¡verso! repite la multitud.

El primer griton se acerca á los músicos y les habla al oido: estos se sonrién y cantan en seguida:

Si porque viste de curro
Cortar quiere ese clavel,
Sepa, hombre, que no es la miel
Para la boca del burro:
Güela y aléjese de él....!

Los espectadores sueltan la carcajada y ven maliciosos al compañero de Mariquita. Este echa una mirada de relámpago sobre los músicos y otra sobre el atrevido que les dictó aquel verso, y que no ha sido otro que el embozado en el zarape. Nuestra china permanece impassible, y apenas á acabado el canto cuando sigue bailando con nuevo vigor y entusiasmo.

Cuatro minutos despues el embozado vuelve á acercarse á los músicos, y parte de la boca de aquellos un segundo verso:

Estoy que de frio reniego
Y de un colchon tengo gana:
Trasquila, *mialma*, al borrego
Que yo *variare* la lana
Y verás la obra que *entriego*....!

¡Chispas del infierno! Aquí fué Troya! El bailarador abandona á su compañera, y *metiendo mano*, arremete contra la musa de zarape que sopló á los músicos tan deslenguados versos.

El provocador por su parte no se queda muy atrás y veloz como un rayo mete mano á la daga, entablado con su adversario un horrible combate á puñaladas.

Mariquita reconoce á *su hombre*. Llena de afan é ira se interpone entre ambos combatientes, arrostrando la acerada punta de los puñales; lucha y forcejea por separarlos, cubre con su cuerpo al amante, mientras sus débiles brazos rechazan al rival improvisado; grita, suplica, llora, injuria al agresor, pide auxilio á los mirones, se enfurece al verlos impassibles, hace en fin cuanto le sugiere su ternura; y si en aquellos momentos un golpe mortal acabase con su vida, la *china* moriría contenta al ver que habia libertado al dueño de su afecto y su ternura.

Derepente la ronda viene á poner fin á la pelea. Poco despues, Mariquita, furiosa porque han aprehendido á su amante, sufre un pequeño interrogatorio, hecho por el juez competente en la materia. Oigámoslo:

—Diga vd. qué relaciones la ligan con ese hombre?

—Relaciones?

—Sí; con el del zarape.

—Pst! yo tan fea como tan clara. Ese hombre.... Ya sabe usted.

—Sin embargo, el otro segun se espresa tiene derechos....

—El otro? ¡Deslenguado! eso si que no: yo soy la tierra que todos pisan, pero no se hacer *capirotas*. Si él se alaba de lo que carece es porque tiene la boca donde mismo la tiene usted, y donde la tienen todos los embusteros.

—Silencio! atienda que le habla á su juez.

—Y qué? ¡Pues no faltaba mas! Yo tengo mi cara limpia y á nadie le tengo miedo.... ni an á usted con todos sus requilorios, y softamas, y sus letras, y esa ristra de *soplones* que no mas se están haciendo el cargo por que de hay llenan la barriga.

—Que calle le digo. Esos insultos pueden pararle en perjuicio.

—Ay Jesus! No me lo avise usted!

—Que se lleven á esa muger.

—A Dios! mis te que orgullo....! Mas feos los he visto en los retablos, y ni lo negro de una uña que se me dá.... Si pensará usted que yo soy de las que compran la justicia con su.... ¡Cuándo, mi vida! primero pego la boca á una pader que pegarla donde usted se quisiera....!

—Fuera esa muger!

—Vamos, señora: salga usted.

—Y quién mete aquí al soplón?

—Andele, vamos.

—Oh, suelte! no necesito muletas para andar.... yo sola se irme por mi pié.

—Ande, ande: cálese.

—Mire usted los encopetados! Que los trague quien no los hayga visto tan mansitos en la puerta de mi casa....!

Mariquita, contenta y satisfecha por haber desatado su pico, marcha en busca de su amante, el cual se halla á *buen recaudo* por riña y portacion de arma corta. Desde aquel momento comienza para la china una série de maniobras y evoluciones á cual mas árduas para conseguir la libertad del preso. Nada la aterra, nada la detiene. Busca lo necesario para los alimentos de ambos; tiene que sazonarlos y llevarlos al cautivo; corre en busca del juez, persigue al escribano, asedia al alcaide, riñe con el *boquetero*, va y viene, sube y baja escaleras, y no sósiega, en fin, hasta conseguir la libertad de aquel que, ¡doloroso es decirlo! quizá en la misma noche paga los servicios de la china con una docena de puntapiés, y una *ristra* de interjecciones estupendas. . . .!

Mas no por esto Mariquita se arrepentirá de lo que ha hecho. Hacer un bien y recibir un mal, es para ella una cosa tan sencilla y natural, como lo es el ir á la iglesia con la intencion mas santa, y romperse en el camino las narices.

Ahora es tiempo de que hagamos observar á nuestros lectores que esta es otra cualidad que tiene la china, sobre las. . . . Vuelta á las andadas! ¡Maldito deseo de hacer comparaciones! Basta ya, carísimas cofrades que os retocais: á vosotras, huriés, querubines,

Modelos de belleza artificiales,
Cuyo blanco y carmin, que mi ojo admira,
No tiene mas de vos, si bien se mira,
Que el haberos costado vuestros reales:

á vosotras dirijo la palabra por última vez, y para dar fin á este artículo, diciendo que os consoleis, porque esa muger con quien os he puesto en paralelo, va desapareciendo como han desaparecido de vosotras la buena fé y otras cosillas. . . . Ay! ¡triste es decirlo! mas sabedlo de una vez: Hoy encontrareis la *Clanizata* en Oaxaca, la *Lépera* en Querétaro, la *Tagarnina* en Durango y Monterey, la *Tapatia* en Guadalajara, &c. &c.; pero á la china ya no la vereis como en otros tiempos en el paseo de la *Retama* ó en la *Plazuela de Pacheco*, ni en las canoas de *Santanita*, compitiendo en hermosura con las escarlatas y frescas amapolas que coronaban la cabeza de nuestra protagonista.

La legítima CHINA de castor con lentejuela, rebozo ametalado, zapato de seda con mancuerna de oro y *por abajos* blanquísimos como la nieve: esa muger de *banda con fleco de plata* y camisa mal encubridora, porque entre los mismísimos rosarios, cruces y medallas, deja entrever las tentaciones. . . . ¡ay! la china, en fin, esa linda hija del pueblo, de bondadosa índole y corazon escelente, dentro de pocos años será un tipo que pertenecerá á la historia!—A.

Enero de 1855.